

EL SECRETO del
PODER de la
ORACIÓN



CHARLES H. SPURGEON (1834-1892)

EL SECRETO DEL PODER DE LA ORACIÓN

Contenido

- I. ¿Cuál es esta bendición especial?5
- II. Obteniendo la bendición13
- III. Por qué este privilegio se debe obtener
de esta manera.....19

Sermón #2002 predicado el domingo 8 de enero de 1888, por Charles Haddon Spurgeon, en el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

© Copyright Allan Roman. Traducido por Allan Roman; usado con permiso; www.spurgeon.com.mx. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *The Secreto of Power in Prayer*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: www.chapellibrary.org.

EL SECRETO DEL PODER DE LA ORACIÓN

“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.”

(Juan 15:7)

Los dones de la gracia no son gozados por los creyentes, todos de una vez. Al venir a Cristo, somos salvados mediante una verdadera unión con Él; pero es por permanecer en esa unión que recibimos mayor pureza, gozo, poder, y bendición, los cuales están depositados en Él para Su pueblo.

Miren cómo nuestro Señor expresa esto cuando habla a los creyentes judíos en el capítulo octavo de este Evangelio, en los versículos treinta y uno y treinta y dos: “Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.”

Nosotros no conocemos la verdad de una vez: la aprendemos permaneciendo en Jesús. La perseverancia en la gracia es un proceso educacional por medio del cual aprendemos enteramente la verdad. El poder emancipador de esa verdad es también percibido y gozado gradualmente. “La verdad os hará libres.” Las cadenas se rompen unas tras otras, y somos verdaderamente libres.

Ustedes jóvenes principiantes en la vida divina pueden animarse al saber que hay algo todavía mejor para ustedes: ustedes no han recibido aún la plena

recompensa de su fe. El himno lo expresa así: “Lo que viene es mejor que lo anterior.” Tendrán perspectivas más felices de las cosas celestiales conforme suban la colina de la experiencia espiritual. En la medida en que permanezcan en Cristo tendrán una confianza más firme, un gozo más rico, una mayor estabilidad, más comunión con Jesús, y un deleite mayor en el Señor su Dios. La infancia está asediada por muchos males de los que la edad adulta está exenta: sucede lo mismo en el mundo espiritual que en el mundo natural.

Existen estos grados de logro entre los creyentes, y el Salvador aquí nos alienta a alcanzar una elevada posición mediante la mención de un cierto privilegio que no es para todos los que dicen que están en Cristo, sino únicamente para aquellos que residen en Él. Cada creyente debe ser un residente, pero muchas personas difícilmente han ganado ese nombre todavía. Jesús dice, “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.” Deben vivir con Cristo para conocerlo, y entre más vivan con Él, más lo admirarán y lo adorarán; sí, y más recibirán de Él, gracia por gracia.

Ciertamente Él es un Cristo bendito para alguien que tiene un mes de edad en la gracia; ¡pero estos bebés difícilmente pueden discernir cuán precioso es Jesús para aquellos cuyo conocimiento de Él se extiende por unos cincuenta años! Jesús, en la estima de los creyentes que permanecen en Él, se vuelve más dulce y amado, más hermoso y más atractivo día a día. No que Él mejore en Sí mismo, pues Él es perfecto; pero en la medida en que crecemos en nuestro conocimiento de Él, apreciamos de manera más profunda

Sus excelencias incomparables. De qué manera tan ardiente exclaman Sus viejas amistades: “¡Si, él es del todo encantador!” ¡Oh, que podamos crecer a semejanza de Él, que es nuestra cabeza, en todas las cosas, para que así podamos valorarlo más y más!

Les pido su sincera atención a nuestro texto, rogándoles que consideren conmigo tres preguntas. Primero, ¿cuál es esta bendición especial? “Pedid todo lo que queréis, y os será hecho.” En segundo lugar, ¿cómo se obtiene esta bendición especial? “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros.” Luego en tercer lugar, ¿por qué se obtiene de esta manera? Debe haber una razón para que estas condiciones se establezcan como necesarias para poder obtener el poder prometido en la oración. ¡Oh, que la unción del Espíritu Santo que habita en nosotros convierta este tema en algo beneficioso para nosotros!

I. ¿Cuál es esta bendición especial?

¿Cuál es esta bendición especial? Leamos nuevamente el versículo. Jesús dice: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.”

Observen que nuestro Señor nos había estado advirtiéndoles que, aparte de Él, no podemos hacer nada, y, por lo tanto, podríamos haber esperado naturalmente que nos enseñara cómo podemos hacer todos nuestros actos espirituales. Pero el texto no dice lo que nosotros hubiéramos esperado que dijera. Jesús no dice: “Sin mí, ustedes no pueden hacer nada, pero si permanecen en mí, y mis palabras permanecen en

ustedes, podrán hacer todas las cosas espirituales y las cosas llenas de gracia.”

Él no habla aquí de lo que ellos estarán capacitados para llevar a cabo, sino más bien de lo que será realizado en ellos: “y os será hecho.” Él no dice: “Les será dada la suficiente fortaleza para todas aquellas acciones santas que ustedes son incapaces de realizar sin Mí.” Eso hubiera sido verdaderamente cierto, y es la verdad que buscábamos aquí; pero nuestro sapientísimo Señor sobrepasa todos los paralelismos del lenguaje, y sobrepasa todas las esperanzas del corazón, y dice algo todavía mejor. Él no dice: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, harán cosas espirituales”; sino que dice, “pedid.” Mediante la oración ustedes serán capacitados para hacer; pero antes de cualquier intento de hacer, “pedid.” El privilegio especial aquí otorgado es una poderosa vida de oración que puede prevalecer. El poder de la oración es en mucho el indicador de nuestra condición espiritual; y cuando recibimos ese poder en un alto grado, somos favorecidos en relación con todo lo demás.

Entonces, uno de los primeros resultados de nuestra permanente unión con Cristo será la práctica constante de la oración: “Pedid.” Si otros no buscan, ni llaman, ni piden, ustedes al menos sí deben hacerlo. Los que permanecen alejados de Jesús no oran. Aquellos en quienes la comunión con Cristo está suspendida, sienten como si no pudieran orar; pero Jesús dice: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid.” La oración brota espontánea en aquellos que permanecen en Jesús, de la misma

manera que ciertos árboles orientales, sin presión alguna, derraman sus fragantes gomas.

La oración es la emanación natural de un alma en comunión con Jesús. De la misma manera que la hoja y el fruto brotan de la rama de la vid, sin ningún esfuerzo consciente de parte de la rama, sino simplemente a consecuencia de su unión viva con el tronco, de igual manera brotan de las almas que permanecen en Jesús, los capullos de la oración y las flores y los frutos.

Así como brillan las estrellas, así oran los que permanecen en Jesús. Es su hábito y su segunda naturaleza. Ellos no se dicen a sí mismos, “ahora es el momento de que nos pongamos a trabajar y oremos.” No, ellos oran de la misma manera que los sabios comen, es decir, cuando les viene el deseo de orar. Ellos no claman como si estuvieran bajo servidumbre, “en este momento debo orar, pero no me siento con ánimos de hacerlo. ¡Qué aburrido que es orar!” Más bien ellos tienen una agradable misión en el propiciatorio, y están felices porque se dirigen hacia allá.

Los corazones que permanecen en Cristo exhalan súplicas de la misma manera que el fuego despidе llamas y chispas. Las almas que permanecen en Jesús inician el día con oraciones; la oración los rodea como una atmósfera durante todo el día; en la noche se duermen orando. He conocido a algunos que sueñan una oración, y, que, de cualquier forma, son capaces de decir gozosamente, “Despierto, y aún estoy contigo.” La petición habitual brota del permanecer en Cristo. No necesitarán que los inciten a la oración cuando permanecen en Jesús: Él dice: “Pedid”; y pueden estar seguros de que lo harán.

También sentirán de manera muy poderosa la necesidad de orar. La gran necesidad de orar que tienen ustedes se percibirá de manera vívida. ¿Acaso escucho que ustedes dicen: “¡Cómo! Cuando permanecemos en Cristo, y Sus palabras permanecen en nosotros, no hemos llegado todavía? Más bien, estamos lejos de estar satisfechos con nosotros mismos; es entonces cuando sentimos más que nunca que debemos pedir mayor gracia. El que mejor conoce a Cristo, conoce mejor sus propias necesidades. El que tiene mayor conciencia de la vida en Cristo, está también más convencido de su propia muerte aparte de Cristo.

El que discierne de manera más clara el carácter perfecto de Jesús, pedirá con más urgencia mayor gracia para crecer en semejanza con Él. Entre más me preocupo por estar en mi Señor, más deseo obtener de Él, pues yo sé que todo lo que está en Él está puesto allí a propósito para que yo pueda recibirlo. “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia.” Es en la medida que estamos vinculados a la plenitud de Cristo que sentimos la necesidad de extraer más de esa plenitud, mediante la oración constante.

Nadie necesita demostrar la doctrina de la oración a quien permanece en Cristo, pues nosotros nos gozamos en ella misma. La oración es ahora una necesidad para nuestra vida espiritual, de la misma manera que el respirar lo es para nuestra vida natural: no podemos vivir sin pedirle favores al Señor. “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid”: y no podrán cesar de pedir. Él ha dicho, “Buscad mi rostro,” y el corazón de ustedes responderá, “Tu rostro buscaré, oh Jehová.”

Observen a continuación, que el fruto de nuestra permanencia no es solamente la práctica de la oración y un sentido de la necesidad de la oración, sino que incluye libertad en la oración: “Pedid todo lo que queréis.” ¿No han estado de rodillas algunas veces, sin ningún poder para orar? ¿No han sentido que no podían suplicar como lo hubieran deseado? Querían orar, pero las aguas estaban congeladas, y no fluían. Ustedes dijeron con mucha tristeza: “estoy encerrado y no puedo salir.” La voluntad estaba presente, pero no la libertad de presentar esa voluntad en oración.

Entonces, ¿deseas tú libertad en la oración, de tal forma que puedas hablar con Dios como un hombre habla con su amigo? Éste es el camino para llegar a eso: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis.” No quiero decir que ustedes ganarán la libertad representada en la simple fluidez de expresión, pues ese es un don muy inferior. La fluidez es un don cuestionable, especialmente si no viene acompañada de peso de pensamiento y profundidad de sentimiento.

Algunos hermanos oran por metro; pero la verdadera oración es medida por peso, y no por longitud. Un simple gemido ante Dios puede contener mayor plenitud de oración que un fino discurso de gran longitud. Quien habita con Dios en Cristo Jesús, ese es el hombre cuyos pasos son ampliados en intercesión. Viene lleno de valor porque él permanece en el trono. Ve el cetro de oro extendido, y escucha al Rey cuando dice: “pedid todo lo que queréis, y os será hecho.”

El hombre que permanece en unión consciente con su Señor tiene libertad de acceso en la oración. Muy bien puede venir a Cristo en cualquier momento,

pues él está en Cristo y permanece en Él. No intenten asir esta santa libertad por excitación o por presunción: no hay sino un camino para ganarla realmente, y es este: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis.” Por este medio únicamente estarán en capacidad de abrir la boca con amplitud para que pueda ser llenada por Dios. Así se convertirán en Israel, y como príncipes tendrán poder con Dios.

Y esto no es todo: el hombre favorecido tiene el privilegio de una oración exitosa. “Pedid todo lo que queréis, y os será hecho.” Ustedes no pueden hacerlo, pero les será hecho. Anhelan dar fruto: pedid, y os será hecho. Miren a la rama de la vid. Simplemente permanece en la vid, y al permanecer en la vid brota el fruto; le es hecho.

Hermano en Cristo, el sentido de tu ser, su único objetivo y designio, es dar fruto para la gloria del Padre: para alcanzar este fin debes permanecer en Cristo, de la misma manera que la rama permanece en la vid. Este es el método mediante el cual tu oración, para ser fructífera será exitosa, “y os será hecho.” Concerniente a este punto, “pedid todo lo que queréis, y os será hecho.” Ustedes podrán prevalecer maravillosamente ante Dios en oración, de manera que antes que ustedes llamen Él responderá, y mientras ustedes todavía estén hablando Él escuchará.

“A los justos les será dado lo que desean.” Otro texto expresa lo mismo: “Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón.” Hay un gran aliento en este texto, “Pedid todo lo que queréis, y os será hecho.” El Señor da al que permanece en Él carta blanca (*carte blanche*). Él pone en

Su mano un cheque firmado, y le permite que lo llene con la cantidad que quiera.

¿Acaso el texto quiere decir lo que dice? Yo nunca he sabido que mi Señor diga algo que no quiso decir. Yo estoy seguro de que algunas veces Él puede decir más de lo que nosotros entendemos, pero nunca quiere decir menos. Fíjense bien, Él no dice a todos los hombres: “Yo les daré cualquier cosa que pidan.” Oh, no, esa sería una amabilidad poco amable: pero Él habla a Sus discípulos, y dice: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.” Es a una cierta categoría de hombres que ya han recibido una gran gracia de Sus manos, es a ellos a quienes entrega este maravilloso poder de la oración.

Oh, mis queridos amigos, si yo puedo ambicionar sinceramente una cosa por sobre todas las demás, es ésta: que yo pudiera pedir al Señor lo que yo quisiera, y recibirlo. El hombre que prevalece en la oración es quien puede predicar exitosamente, pues puede prevalecer ante los hombres por Dios cuando ya ha prevalecido ante Dios por los hombres. Este es el hombre que puede enfrentar las dificultades del camino de la vida; pues, ¿qué lo puede desconcertar cuando puede llevarlo todo delante de Dios en oración? Un hombre así o una mujer así en una iglesia, valen más que diez mil de nosotros, que somos gente común. En ellos encontramos la grandeza de los cielos.

En medio de ellos se encuentran los hombres en quienes se cumple el propósito de Dios concerniente al hombre, a quien creó para que dominara sobre todas las obras de Sus manos. El sello de la soberanía está estampado en las frentes de estos hombres: ellos

dan forma a la historia de las naciones, ellos guían la corriente de eventos a través de su poder en lo alto. Vemos que todas las cosas han sido sujetadas a Jesús por el propósito divino, y conforme nos elevamos a esa imagen, nosotros también somos vestidos con dominio, y somos hechos reyes y sacerdotes para Dios.

Contemplan a Elías, con las llaves de la lluvia balanceándose en su cinturón: ¡él puede cerrar o abrir las ventanas de los cielos! Hay hombres como él que viven en nuestra época. Aspiren a ser hombres y mujeres así, se los suplico, para que el texto se cumpla para ustedes. “Pedid todo lo que queréis, y os será hecho.”

El texto parece implicar que, si alcanzamos este punto de privilegio, el don será a perpetuidad: “pedid,” pedid siempre; nunca dejarán de pedir, pero pedirán exitosamente, pues “pedid todo lo que queréis, y os será hecho.” Aquí encontramos el don de la oración continua. No es para la semana de oración, ni para la conferencia mensual, ni para unas pocas ocasiones especiales que ustedes prevalecerán en la oración; pero ustedes poseerán este poder con Dios en tanto que ustedes permanezcan en Cristo, y Sus palabras permanezcan en ustedes. Dios pondrá Su omnipotencia a la disposición de ustedes: Él presentará Su Deidad para cumplir los deseos que Su propio Espíritu ha obrado en ustedes.

Yo quisiera lograr que esta joya brille ante los ojos de todos los santos hasta que puedan exclamar: “¡oh, que pudiéramos tener eso!” Este poder de la oración es como la espada de Goliat: cada David puede decir sabiamente: “Ninguna como ella; dámela.” El

arma de la oración continua bate al enemigo, y, al mismo tiempo, enriquece a su poseedor con toda la riqueza de Dios. ¿Cómo podría faltarle algo a aquel a quien el Señor le ha dicho: “Pedid todo lo que queréis, y os será hecho.”? Oh, vamos, busquemos esta bendición. Escuchen, y aprendan el camino. Síganme, mientras yo les señalo el camino utilizando la luz del texto. ¡Que el Señor nos guíe en él por Su Santo Espíritu!

II. Obteniendo la bendición

El privilegio de una poderosa vida de oración: ¿cómo puede obtenerse? La respuesta es, “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros.” Aquí encontramos los dos pies con los cuales subimos al poder de Dios en la oración.

Amados hermanos, la primera línea nos dice que debemos permanecer en Cristo Jesús nuestro Señor. Se da por un hecho que ya estamos en Él. Espero que pueda darse por un hecho en tu caso, amado lector. Si es así, debes permanecer allí donde estás. Como creyentes debemos quedarnos tenazmente aferrados a Jesús, Enlazados vivamente a Jesús. Debemos permanecer en Él, confiando siempre en Él, y únicamente en Él, con la misma fe sencilla que nos unió a Él la primera vez.

Nunca debemos darle cabida en la confianza de nuestro corazón a ninguna otra cosa ni a ninguna otra persona como para que sea nuestra esperanza de salvación, sino descansar únicamente en Jesús, tal como lo recibimos la primera vez. Su Deidad, Su humanidad, Su vida, Su muerte, Su resurrección, Su gloria a la diestra del Padre, en una palabra, Él sólo

debe ser toda la confianza de nuestro corazón. Esto es absolutamente esencial. Una fe temporal no salva: se requiere una fe que permanece.

Pero permanecer en el Señor Jesús no sólo quiere decir confiar en Él; incluye nuestra entrega a Él para recibir Su vida, y dejar que esa vida obre sus resultados en nosotros. Vivimos en Él, por Él, para Él, con Él, cuando permanecemos en Él. Sentimos que nuestra vida de separación ha desaparecido: porque “habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.” Nosotros no somos nada si nos alejamos de Jesús; entonces nos volveríamos ramas secas, aptas únicamente para ser arrojadas al fuego.

Nosotros no tenemos ninguna razón para existir excepto la que encontramos en Cristo; ¡y cuán maravillosa es esa razón! La vid necesita de la rama tan categóricamente como la rama necesita de la vid. Ninguna vid produjo fruto jamás en ninguna otra parte excepto en sus ramas. Ciertamente produce todas las ramas, y a través de ellas produce el fruto; sin embargo, es a través de la rama que la vid despliega su fecundidad. De la misma manera los creyentes que permanecen en Él son necesarios para el cumplimiento del propósito del Señor. Es algo maravilloso cuando se expresa; ¡pero los santos son necesarios para su Salvador!

La iglesia es Su cuerpo; la plenitud de Él que lo llena todo en todo. Quiero que reconozcan esto, que puedan ver su bendita responsabilidad, su obligación práctica de dar fruto, para que el Señor Jesús pueda ser glorificado en ustedes. Permanezcan en Él. Nunca se aparten de su consagración a Su honor y gloria. Nunca sueñen con ser sus propios señores. No sean

siervos de los hombres, sino que permanezcan en Cristo. Que Él sea el fin así como la fuente de su existencia. Oh, si llegan allí, y se detienen allí en comunión perpetua con su Señor, pronto se darán cuenta de un gozo, de un deleite, de un poder en la oración, tal como no los conocieron antes.

Hay momentos en los que estamos conscientes que estamos en Cristo, y sabemos de nuestra comunión con Él; Y ¡oh, cuánto gozo y paz bebemos de esta copa! Permanezcamos allí. “Permaneced en Mí,” dice Jesús. No simplemente deben venir para luego irse, sino para permanecer. Que ese bendito hundimiento de ustedes en Su vida, el desgaste de todos sus poderes por Jesús, y la fe firme en la unión de ustedes con Él, permanezcan en ustedes para siempre. ¡Oh, que podamos alcanzar esto por el Espíritu Santo!

Como para ayudarnos a entender esto, nuestro Señor, lleno de gracia, nos ha dado una parábola encantadora. Analicemos este mensaje de la vid y sus pámpanos. Jesús dice: “Todo aquel que lleva fruto, lo limpiará.” Pongan todo su interés en permanecer en Cristo cuando están siendo limpiados. “Oh,” dice alguien, “yo pensé que yo era un cristiano; pero ¡ay!, tengo más problemas que nunca: los hombres me ridiculizan, el diablo me tienta, y mis negocios van mal.” Hermano, si vas a tener poder en la oración debes esforzarte por permanecer en Cristo cuando el afilado cuchillo te esté cortando todo.

Soporta la prueba, y nunca sueñes en renunciar a tu fe por causa de ella. Di: “He aquí, aunque él me matare, en él esperaré.” El Señor les advirtió cuando vinieron por primera vez a la vid, que debían ser limpiados y podados minuciosamente; y si ahora están

sintiendo el proceso de limpieza, no deben pensar que algo extraño les ha ocurrido. No se rebelen por algo que tengan que sufrir por causa de la mano amada de su Padre celestial, quien es el labrador de la viña. No, sino que se deben aferrar a Jesús todavía más.

Digan: “Corta, Señor, corta hasta dejarme en carne viva si quieres; pero yo me voy a aferrar a Ti. ¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.” Si, deben aferrarse a Jesús cuando el cuchillo de podar esté en Su mano, y así “pedid todo lo que queréis, y os será hecho.”

Tienen que esforzarse también para que, cuando la operación de limpieza esté terminada ustedes todavía se aferren a su Señor. Observen el tercer versículo: “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros.” Permanezcan después de la limpieza allí donde estaban antes de la limpieza. Cuando ustedes sean santificados, permanezcan allí donde estaban cuando fueron justificados al principio.

Cuando veas que la obra del Espíritu Santo se incrementa en ti, no permitas que el diablo te tienta para que te jactes de que ahora eres alguien, y que no necesitas venir a Jesús como un pobre pecador, y confiar únicamente en Su preciosa sangre para salvación. Permanece quieto en Jesús. Así como estuviste en Él cuando el cuchillo te cortó, mantente en Él ahora que las tiernas uvas comienzan a formarse.

No te digas a ti mismo, “¡qué rama tan fructífera soy yo! ¡Cuán grandemente adorno la vid! ¡Ahora estoy lleno de vigor!” No eres nada y no eres nadie. Solamente cuando permaneces en Cristo eres una pizca mejor que la madera de desecho que es quemada en el

fuego. “¿Pero acaso no progresamos?” Sí, crecemos, pero es porque permanecemos: nunca nos alejamos ni una pulgada, permanecemos en Él; o, si no, somos arrojados y nos marchitamos. Toda nuestra esperanza descansa en Jesús, tanto en los mejores tiempos como en los peores. Jesús dijo: “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros.”

Permanezcan en Él con relación a toda la fecundidad de ustedes. “Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.” “Entonces aquí hay algo que yo debo hacer,” exclama alguien. Ciertamente tienes que hacer algo, pero no aparte de Jesús. El pámpano tiene que llevar fruto; pero si el pámpano se imagina que va a producir un racimo, o tan siquiera una uva, por sí mismo, está completamente equivocado. El fruto del pámpano debe brotar del tronco.

El trabajo de ustedes para Cristo debe ser la obra de Cristo en ustedes, o de lo contrario no será bueno para nada. Les ruego que analicen esto. Su enseñanza en la escuela dominical, su predicación, o cualquier cosa que hagan, deben hacerla en Cristo Jesús. Ustedes no pueden ganar almas por medio de su talento natural, ni pueden salvar hombres mediante planes inventados por ustedes mismos. Tengan mucho cuidado de los esquemas caseros. Hagan por Jesús lo que Jesús les ordena que hagan. Recuerden que nuestro trabajo para Cristo, como lo llamamos, debe ser primero la obra de Cristo, si va a ser aceptado por Él. Permanezcan en Él para ser fructuosos.

Sí, permanezcan en Él en cuanto a su propia vida. No digan, “yo he sido ya un cristiano durante veinte o treinta años, y puedo valerme sin necesidad de la continua dependencia de Cristo.” No, no podrías valerte sin Él aunque fueras tan viejo como Matusalén tú mismo. Ser como cristiano depende de que te aferres siempre, confíes siempre, dependas siempre; y esto Él te lo tiene que dar, pues todo nos viene de Él, y únicamente de Él.

Resumiendo todo esto, si tú quieres ese espléndido poder de la oración del que acabo de hablar, debes quedarte en una unión de amor, viva, duradera, consciente, práctica, y que permanece con el Señor Jesucristo; y si llegas a eso por la gracia divina, entonces pedirás lo que quieras y te será hecho.

Pero hay una segunda condición mencionada en el texto, y no deben olvidarla: “Y mis palabras permanecen en vosotros.” Entonces, ¡cuán importantes son las palabras de Cristo! Él dijo en el versículo cuatro: “Permaneced en mí, y yo en vosotros,” y ahora como algo paralelo a esto, dice: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros.” Pero entonces, ¿acaso las palabras de Cristo y la persona de Cristo son idénticas? Sí, prácticamente así es. Algunos hablan acerca de Cristo como el Señor, pero en cuanto a la doctrina, a ellos no les importa lo que Su palabra declara. En tanto que sus corazones están bien en cuanto a Su persona, ellos reclaman libertad de pensamiento.

Ay, pero esto es un mero subterfugio. No podemos separar a Cristo de la Palabra; pues, en primer lugar, Él es la Palabra; y, en segundo lugar, ¿cómo nos atrevemos a llamarle Señor y Dios y no hacemos

las cosas que Él dice, y rechazamos la verdad que Él enseña? Debemos obedecer Sus preceptos pues de lo contrario Él no nos aceptará como Sus discípulos. Especialmente ese precepto de amor que es la esencia de todas Sus palabras. Debemos amar a Dios y a nuestros hermanos; sí, debemos abrigar amor para todos los hombres, y debemos buscar su bien.

La ira y la malicia deben estar muy lejos de nosotros. Debemos caminar de la misma manera que Él caminó. Si las palabras de Cristo no permanecen en ti, de igual manera en la fe como en la práctica, tú no estás en Cristo. Cristo y Su Evangelio y Sus mandamientos son uno. Si tú no tienes a Cristo ni a Sus palabras, tampoco Él te tendrá a ti ni a tus palabras; sino que tú pedirás en vano, y muy pronto dejarás de pedir, y te convertirás en una rama marchita. Amados hermanos, yo estoy persuadido de mejores cosas para ustedes, de cosas que acompañan la salvación, aunque tenga que hablar de esta manera.

¡Oh, que la gracia fluyera a través de estas puertas dobles, estas puertas de oro! “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros.” Empujen ambas hojas de la puerta y entren en este amplio salón: “pedid todo lo que queréis, y os será hecho.”

III. Por qué este privilegio se debe obtener de esta manera

Mi último trabajo es tratar de demostrar por qué este privilegio se debe obtener de esta manera. Este extraordinario poder de la oración, ¿por qué es dado a quienes permanecen en Cristo? ¡Que lo que tengo que decirles anime a realizar el glorioso intento de ganar esta perla de gran precio! ¿Por qué es que, permane-

ciendo nosotros en Cristo y Sus palabras en nosotros, alcanzamos esta libertad y prevalecemos en la oración?

Yo respondo, primero, a causa de la plenitud de Cristo. Pueden muy bien pedir lo que quieran cuando permanecen en Cristo, porque cualquier cosa que ustedes requieran ya está alojada en Él. El buen obispo Hall desarrolló su pensamiento en un famoso pasaje. Les comentaré lo esencial de ese pasaje.

¿Desean la gracia del Espíritu? Vayan a la unción de su Señor. ¿Buscan la santidad? Sigán Su ejemplo. ¿Desean el perdón del pecado? Miren Su sangre. ¿Necesitan mortificar al pecado? Miren Su crucifixión. ¿Necesitan ser enterrados en relación con el mundo? Vayan a Su tumba. ¿Quieren sentir la plenitud de una vida celestial? Contemplen Su resurrección. ¿Quieren elevarse por encima del mundo? Reflexionen en Su ascensión. ¿Quieren contemplar cosas celestiales? Recuerden que está sentado a la diestra de Dios, y sepan que “juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales.”

Yo veo de manera muy clara por qué la rama obtiene todo lo que necesita mientras permanece en el tronco, pues todo lo que necesita se encuentra anticipadamente en el tronco, y está colocado allí para dárselo a la rama. ¿Qué cosa adicional a lo que el tronco puede suministrarle necesita el pámpano? Si necesitara más no podría obtenerlo; pues no tiene otros medios de vida excepto sorber su vida del tronco. Oh, mi precioso Señor, si yo necesito algo que no está en Ti, deseo entonces estar siempre sin eso. Yo deseo que se me niegue cualquier deseo que se desvíe de Ti. Pero si el cumplimiento de mi deseo ya está en Ti para mí,

¿por qué habría de ir a otra parte? Tú eres mi todo; ¿dónde más debería buscar?

Amados hermanos, “Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud,” y el buen agrado del Padre es también nuestro buen agrado: nos alegra obtenerlo todo de Jesús. Estamos seguros de que no importa lo que pidamos, lo obtendremos, puesto que Él lo tiene listo para nosotros.

La siguiente razón para esto es, la riqueza de la Palabra de Dios. Absorban este pensamiento, “Si mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.” El mejor hombre de oración es aquél que más cree y está más familiarizado con las promesas de Dios. Después de todo, la oración no es otra cosa que llevar las promesas de Dios a Él mismo, y decirle: “Haz así como has dicho.” La oración es la promesa utilizada. Una oración que no esté basada en una promesa no tiene un cimiento verdadero.

Si yo voy al banco y no llevo ningún cheque, no puedo esperar conseguir algún dinero; es la “orden de pago” la que constituye mi poder dentro del banco, y mi garantía por la que espero recibirlo. Ustedes que tienen las palabras de Cristo permaneciendo en ustedes, están equipados con aquellas cosas que el Señor considera con atención. Si la Palabra de Dios permanece en ti, entonces tú eres el hombre que puede orar, porque te diriges al grandioso Dios con Sus propias palabras, y así vences a la omnipotencia con omnipotencia. Pon tu dedo exactamente sobre las líneas que dicen, “Haz así como has dicho.” Esta es la mejor oración de todo el mundo.

Oh, amados hermanos, sean llenos de la Palabra de Dios. Estudien lo que ha dicho Jesús, lo que el Es-

píritu Santo ha dejado registrado en este Libro inspirado divinamente, y en proporción a la medida en que se alimenten de la Palabra, y sean llenos de la Palabra, y retengan la Palabra en fe, y obedezcan la Palabra en sus vidas, en esa proporción serán diestros en el arte de la oración. Tú habrás adquirido habilidad como luchador con el ángel del pacto en la medida en que puedas argumentar las promesas de tu fiel Dios. Instrúyete bien en las doctrinas de la gracia, y deja que la palabra de Cristo permanezca en ti ricamente, para que sepas cómo prevalecer ante el trono de la gracia. Permanecer en Cristo y que Sus palabras permanezcan en ti, puede compararse a la mano derecha y a la mano izquierda de Moisés, que fueron sostenidas en alto en oración, de tal manera que Amalec fue deshecho, Israel fue liberado, y Dios fue glorificado.

Vayamos un poco más adelante: ustedes todavía podrían decir que no ven muy claro por qué a un hombre que permanece en Cristo, y en quien permanecen las palabras de Cristo, se le pueda permitir que pida lo que quiera, y le será hecho. Te responde de nuevo: es así, porque en un hombre de ese tipo hay una predominancia de gracia que origina en él una voluntad renovada, que es conforme a la voluntad de Dios. Supongan que un hombre de Dios está en oración, y piensa que tal y tal cosa es deseable, pero sin embargo recuerda que él no es nada sino solamente un bebé en la presencia de su sabio Padre, y así somete su voluntad y pide como favor ser enseñado en cuanto a qué pedir.

Aunque Dios le ordena que pida lo que quiera, él se encoge y clama, “Mi Señor, aquí tengo una petición de la cual no estoy muy claro. En la medida de mi

juicio es una cosa deseable, y la quiero; pero Señor, no estoy capacitado para juzgar por mí mismo, y por tanto te ruego, no sea conforme mi voluntad, sino la tuya.” ¿No ven que, cuando estamos en una condición así como esta, nuestra voluntad real es la voluntad de Dios? En lo profundo de nuestros corazones, queremos únicamente eso que el propio Señor quiere; y ¿qué es esto sino pedir lo que queremos, y nos es hecho?

Para Dios es seguro decir al alma santificada, “pide todo lo que quieras, y te será hecho.” Los instintos celestiales de ese hombre lo guían correctamente; la gracia que está en su alma derriba todas las sórdidas concupiscencias y los deseos impuros, y su voluntad es la sombra real de la voluntad de Dios. La vida espiritual domina en él, de tal forma que sus aspiraciones son santas, celestiales, a semejanza de Dios. Él ha sido hecho partícipe de la naturaleza divina; y así como un hijo es semejante a su padre, así ahora en deseo y voluntad él es uno con Dios. Como el eco responde a la voz, así el corazón regenerado hace eco a la mente del Señor. Nuestros deseos son rayos que reflejan la voluntad divina: pedid todo lo que queréis, y os será hecho.

Ustedes pueden ver claramente que el Dios santo no puede tomar a un hombre común de la calle y decirle: “Yo te voy a dar lo que quieras.” ¿Qué pediría ese hombre? Pediría una buena copa de licor, o permiso para disfrutar sus deseos perversos. Sería muy inseguro confiar a la mayoría de los hombres este permiso. Pero cuando el Señor ha tomado a un hombre y lo ha hecho nuevo, y lo ha revivido a una nove-

dad de vida, y lo ha formado en la imagen de Su amado Hijo, ¡entonces puede confiar en ese hombre!

Miren, el Padre grandioso nos trata en nuestra medida como trata a Su Unigénito. Jesús pudo decir: “Yo sabía que siempre me oyes”; y el Señor nos está educando para que tengamos esa misma seguridad. Podemos afirmar con alguien que decía hace mucho tiempo, “el Dios mío me oirá.” ¿Acaso no se les hace agua la boca por este privilegio de una oración que prevalece? ¿Acaso no anhelan sus corazones alcanzar esto? Es mediante la santidad, es mediante la unión con Cristo, es por medio de permanecer de forma continua en Él y de aferrarse de manera obediente a Su verdad, que van a alcanzar este privilegio. Miren el único camino seguro y verdadero. Cuando se ha caminado ese camino una vez, es una vía segura y eficaz para ganar un poder sustancial en la oración.

Me falta mucho todavía para terminar. Un hombre tendrá éxito en la oración cuando su fe sea poderosa; y este es el caso de los que permanecen en Jesús. La fe es la que prevalece en la oración. La elocuencia real en la oración es un deseo que cree. “Al que cree todo le es posible.” Un hombre que permanece en Cristo y las palabras de Cristo permanecen en él, es eminentemente un creyente, y por consiguiente es eminentemente exitoso en la oración. Ciertamente tiene una fe poderosa, pues su fe lo ha llevado a un contacto vital con Cristo, y por lo tanto está junto a la fuente de toda bendición, y puede beber de ese pozo hasta la saciedad.

Además, un hombre así posee al Espíritu de Dios habitando en él. Si permanecemos en Cristo, y Sus palabras permanecen en nosotros, entonces el Espíri-

tu Santo ha llegado y ha establecido residencia en nosotros; ¿y qué mejor ayuda en la oración podríamos tener? ¿No es algo maravilloso que el propio Espíritu Santo interceda por los santos de conformidad a la voluntad de Dios? Él “mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.” ¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios y Él obra en nosotros el querer lo que Dios quiere, de tal forma que la oración de un creyente es el propósito de Dios reflejado en el alma como en un espejo.

Los eternos decretos de Dios proyectan sus sombras sobre los corazones de los hombres piadosos en forma de oración. Lo que Dios intenta hacer se lo dice a Sus siervos cuando los inclina a pedirles que hagan lo que Él mismo ha resuelto hacer. Dios dice, “Yo haré esto”; pero luego añade, “Aún seré solicitado por la casa de Israel, para hacerles esto.” ¡Cuán claro es que si permanecemos en Cristo, y Sus palabras permanecen en nosotros, podemos pedir lo que queramos! Pues sólo pediremos lo que el Espíritu de Dios nos mueva a pedir; y sería imposible que Dios el Espíritu Santo y Dios el Padre tuvieran propósitos contradictorios entre sí. Lo que uno impulsa a pedir, el otro con toda seguridad ha decidido otorgar.

Se me acaba de ocurrir un pensamiento al que debo regresar por un instante. Amados hermanos, ¿no saben ustedes que cuando permanecemos en Cristo, y Sus palabras permanecen en nosotros, el Padre nos mira con la misma mirada con que ve a Su amado Hijo? Cristo es la vid, y la vid incluye las ramas. Los pámpanos son una parte de la vid. Dios, por lo tanto,

nos mira como parte de Cristo, miembros de Su cuerpo, de Su carne, y de Sus huesos. El amor del Padre por Jesús es tal que no le niega nada. Él fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz; por eso lo ama el Padre, como Dios-hombre Mediador, y Él le dará todo lo que le pida. ¿Y es verdaderamente así, que cuando tú y yo permanecemos en una unión real con Cristo, el Señor Dios nos mira de la misma manera que ve a Jesús, y nos dice: “No les negaré nada; pedid todo lo que queréis, y os será hecho”? Así entiendo yo el texto.

Les llamo la atención al hecho que en ese mismo capítulo quince, en versículo nueve, que leímos el día de hoy, dice así: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado.” El mismo amor que Dios siente por Su Hijo, el Hijo siente por nosotros; y por lo tanto habitamos en el amor del Padre y del Hijo. ¿Cómo pueden ser rechazadas nuestras oraciones? ¿Acaso el amor infinito no tendrá respeto por nuestras peticiones?

Oh, amado hermano en Cristo, si tus oraciones no son recibidas en el trono, debes sospechar que hay algún pecado que lo está impidiendo: el amor de tu Padre considera necesario disciplinarte de esta manera. Si no permaneces en Cristo, ¿cómo puedes esperar orar exitosamente? Si escoges Sus palabras, y tienes dudas de esto, y de lo otro, ¿cómo puedes esperar tener aceptación ante el trono? Si eres intencionalmente desobediente a cualquiera de Sus palabras, ¿no será esto la causa de que fracasases en la oración? Pero si permaneces en Cristo, y te aferras con firmeza a Sus palabras, y eres plenamente Su discípulo, entonces Él te escuchará.

Si estás sentado a los pies de Jesús, escuchando Sus palabras, puedes levantar tus ojos a Su amado rostro, y decir: “Mi Señor, escúchame ahora”; y Él te responderá lleno de gracia: Él te dirá: “En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido. Pídeme lo que quieras, y te será hecho.” ¡Oh, que recibiéramos poder del propiciatorio!

Amados amigos, no lean este sermón para luego olvidarse de él. Traten verdaderamente de alcanzar este lugar de influencia ilimitada. ¡Qué iglesia tendríamos si todos ustedes fueran poderosos en oración! Amados hijos de Dios ¿quieren estar muertos de hambre? Amados hermanos, ¿desean ser hijos pobres, babeantes, débiles, que nunca madurarán para convertirse en hombres? Se los suplico, aspiren a ser fuertes en el Señor, y a gozar de este elevadísimo privilegio. ¡Qué ejército conformarían ustedes, si todos tuvieran este poder con Dios en la oración! ¡Hijos de Dios, este poder está a su alcance! Solamente permanezcan en Cristo, y dejen que Sus palabras permanezcan en ustedes, y entonces este privilegio especial será de ustedes. Estas no son tareas fastidiosas, sino que en sí mismas son un gozo. Vayan tras ellas con todo su corazón, y luego recibirán esto por añadidura, que pedirán lo que quieran y les será hecho.

Desafortunadamente, para una porción de esta congregación mi texto no les dice nada; pues algunos de ustedes ni siquiera están en Cristo, y por tanto no pueden permanecer en Él. Oh, señores, ¿qué podré decirles? Me parece que se están perdiendo del verdadero cielo desde ahora mismo. Si no existiera el infierno después de esta vida, es suficiente infierno no conocer a Cristo ahora, no saber lo que es prevalecer

con Dios en la oración, no conocer el privilegio selecto de permanecer en Él, y que Sus palabras permanezcan en ustedes.

La prioridad para ustedes es que crean en Jesucristo para salvación de sus almas, entregando sus almas para que sean lavadas por Él, y sus vidas para que sean gobernadas por Él. Dios lo ha enviado a Él como un Salvador, acéptenlo. Recíbanlo como su Maestro; sométanse a Él como su Señor. Que Su Espíritu lleno de gracia venga y haga esta obra en ustedes ahora; después de esto, pero no antes, pueden aspirar a este honor. Antes que nada, “Tienen que nacer de nuevo.” Yo no puedo decirles ahora, en la condición en que se encuentran: “Creczan,” pues sólo crecerán para ser mayores pecadores.

No importa cuánto se desarrollen, sólo desarrollarán lo que hay dentro de ustedes: y esto quiere decir que el heredero de la ira se convertirá más y más en un hijo del mal. Deben ser hechos nuevos en Cristo: debe haber un cambio absoluto, una reversión de todas las corrientes de la naturaleza, tienen que ser hechos nuevas criaturas en Cristo Jesús; y luego pueden aspirar a permanecer en Cristo, y dejar que Sus palabras permanezcan en ustedes, y la consecuente gracia de prevalecer con Dios en oración será de ustedes.

Señor misericordioso, ayúdanos esta mañana. Somos unas pobres criaturas, sólo podemos quedarnos a tus pies. ¡Ven Tú, elévanos a Ti, por Tu misericordia! Amén.

